

Reseña de Libros / Book Review

María José Monteagudo Soto, Carmen García-Colmenares (Coordinadoras), *Psicólogas pioneras. Historias de ciencia, feminismo y compromiso social*. Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2025.

Juan Hermoso Durán

Universidad Complutense de Madrid

En 1916, Leta Anna Stetter Hollingworth (1886-1939) comenzó a trabajar como profesora de Psicología Educativa del Columbia Teachers College, en Nueva York. Hacía diez años que había culminado sus estudios de Literatura Inglesa en la Universidad de Nebraska. Desde entonces había venido enseñando Lengua y Literatura en varios institutos de aquel estado del Medio Oeste. Cuando su esposo, Harry Hollingworth (1880-1856), que se convertiría en un adelantado de la psicología comercial, decidió mudarse a Nueva York para cursar estudios de doctorado con James McKeen Cattell (1860-1944), ella creyó que podría desarrollar allí su vocación, pero pronto descubrió que la legislación estatal prohibía el ejercicio de la enseñanza a las mujeres casadas. Decidida a abrirse paso pese a todo, se matriculó en el Teachers College: no en vano, ya de niña la escuela se había convertido en su refugio desde que, tras morir su madre en el parto de su segundo hermano, el padre abandonó el hogar para regresar diez años después, alcoholizado, y llevarse a los tres pequeños de casa de los abuelos maternos, obligándolos a vivir bajo su techo, con su nueva esposa. En Columbia, al tiempo que se involucraba activamente en el movimiento sufragista y aprendía a administrar las pruebas de inteligencia de Binet y Simon en el Hospital de Bellevue, sus intereses fueron virando poco a poco hacia la sociología y la psicología. Esa experiencia fue capital para el desarrollo de su investigación doctoral, en la que plantó cara a uno de los argumentos con que más frecuencia se empleaban para excluir a las mujeres del mercado de trabajo: la doctrina de la “periodicidad funcional”. Durante meses aplicó distintas pruebas de competencias cognitivas, perceptuales y motoras a veintitrés mujeres (y a un grupo de control integrado por dos varones), sin encontrar diferencias significativas de rendimiento asociadas a ninguna fase del ciclo menstrual. La defensa de su tesis le abrió por fin las puertas para incorporarse como profesora al Teachers College, y ese mismo año, 1916, publicó en el *American Journal of*

Sociology un artículo titulado “Social devices for impelling women to bear and rear children”. En él analizaba cómo el concepto de “instinto de maternidad” opera como un dispositivo de control que aparta a las mujeres de su vocación para mantenerlas atadas a la crianza y las tareas domésticas. Aunque ni las conclusiones de su tesis ni los argumentos de su artículo le contradijeran abiertamente, era difícil no ver en cada uno de sus escritos la valentía con que tomaba posición frente a su director de tesis, nada menos que Edward L. Thorndike (1874-1949), quien en un artículo de 1906 titulado “Sex in Education” se había significado como un vehemente defensor de la idea de que era poco probable que una mujer llegara a desarrollar la capacidad intelectual necesaria para una carrera científica, o para asumir altas responsabilidades en la administración, debido a la menor variabilidad genética que supuestamente caracterizaría al sexo femenino.

Incontables historias como esta aguardan a quien decida adentrarse en las páginas de *Psicólogas pioneras*, el magno trabajo colectivo de veinticuatro investigadoras y diez investigadores de siete países que han coordinado María José Monteagudo, de la Universidad de Valencia, y Carmen García-Colmenares, de la de Valladolid. Incontables, desde luego, por su número: infinidad de mujeres que, contra viento y marea, persistieron en su voluntad de contribuir al conocimiento psicológico, ya desde sus primeros pasos como disciplina, en tiempos en los que a menudo ni siquiera se les permitía cursar estudios universitarios, y que hicieron frente a ese y muchos otros mecanismos de exclusión colegial -algunos tan patentes como la simple prohibición; otros tácitos, más insidiosos pero no menos dañinos- mediante diferentes estrategias de resistencia. Pero incontables, también, porque en no pocos casos el olvido historiográfico ha actuado como un mecanismo de exclusión más, dejando que se borren las huellas de su trabajo y de su vida hasta que apenas quedan unos hilos que difícilmente pueden hilvanarse en un relato, pero de los que resulta fascinante tratar de

tirar. Solo a través del escrutinio crítico de los silencios, de las lagunas historiográficas, se abre entonces la posibilidad de desvelar las mil y una maneras en que ciertas perspectivas hegemónicas condicionan desde la producción de los “hechos” históricos –consagrando, arrinconando o destruyendo las fuentes– hasta su interpretación retrospectiva, pasando por su ensamblaje y conservación en archivos y por las posibilidades materiales y simbólicas de su recuperación. Así, las conclusiones de orden historiográfico que Michel-Rolph Trouillot (1949-2012) extrajo de sus estudios sobre la Revolución Haitiana en *Silencing the Past: Power and the Production of History* (1995) parecen amoldarse a la perfección a este esfuerzo por identificar y visibilizar mecanismos de exclusión y estrategias de resistencia, por construir genealogías emancipadas de los modelos historiográficos patriarcales, por hacer habitable una *contramemoria* de la psicología en la que las mujeres no sean solo una ausencia que ni siquiera se nombra, como en tantos manuales al uso, o un mero objeto de estudio, despojado de la condición de sujeto en un gesto primordial de violencia epistémica. Desestructurar, en suma, un canon del que nunca formaron parte nombres como el de Letta Stetter es la tarea a la que tempranamente se aprestaron Maxine D. Bernstein y Nancy F. Russo en un artículo publicado en *American Psychologist* en 1974, “The history of psychology revisited. Or, up with our foremothers”, en cuya fructífera estela navega *Psicólogas pioneras*.

Uno de los ámbitos en los que de forma más diáfana se muestra ese proceso es el minucioso destejido de la historia de la teoría y la terapia psicoanalítica que abordan la propia María José Monteagudo, junto con Mara Ballester, Marcos Bonet y Sara Cuenca, bajo el emblema de la transición del diván de la histérica a la butaca de la analista. El mero poder simbólico de la infrecuente imagen de una mujer hipnotizando a un hombre –que quien se adentre en la lectura de *Psicólogas pioneras* podrá encontrar en la reproducción de la primera de las cuatro hermosas ilustraciones con que adornó Howard Pyle (1853-1911) la publicación en *Harper's Weekly*, en 1894, de *El parásito*, de Sir Arthur Conan Doyle (1859-1930), significativamente acompañada de la frase “I was conscious only of her eyes”– ya hace ver cuán profunda era la subversión de las estructuras normativas ligadas al género que entrañaba el camino que estaban por recorrer mujeres como Maria Moltzer (1874-1944), Emma Rauschenbach (1882-1955), Toni Wolff (1888-1953), Sabina Spielrein (1885-1942), Eugene Sokolnicka (1884-1943), Sophia Morgenstern (1875-1940), Tatiana Rosenthal (1885-1921) o Vera Schmidt (1889-1937). Cuando su trabajo no quedó fagocitado bajo el nombre de su esposo, Carl G. Jung (1875-1861), como sucedió a Rauschenbach, o reducido a una nota al pie en la obra de este, como en el caso de Moltzer o Morgan, fue lentamente borrado del relato histórico del movimiento psicoanalítico, quizá en ocasiones –Sokolnicka, Morgenstern, Rosenthal– porque los trágicos suicidios que pusieron fin a sus vidas no se compadecían bien con la imagen de custodio del equilibrio psíquico que este necesitaba cultivar. Solamente para Marie Bonaparte (1882-1962) y Lou-Andreas Salomé (1861-1937) ha reservado el canon androcéntrico algún espacio, y eso en la calidad subalterna de la paciente de Sigmund Freud (1856-1939) que en 1938, unas pocas semanas después del *Anschluss* y de que la Gestapo le hubiera retenido el pasaporte, consiguió sacarlo de Viena –Bonaparte–, o de la *femme fatale* que cautivó a Friedrich Nietzsche (1844-1900) y Rainer Maria Rilke (1875-1926) –Andreas-Salomé–.

Tras ellas llegarían Melanie Klein (1882-1960), Helene Deutsch (1884-1982), Karen Horney (1885-1952) o Anna Freud (1895-1982), pero para entonces la impoluta masculinidad originaria del psicoanálisis había quedado apuntalada. Aun antes de la publicación de *Ensayos sobre la histeria* (1895), no obstante, mujeres como Charlotte Perkins Gilman (1860-1935), cuya figura evocan Cuenca, Ballester y Monteagudo en la introducción a su trabajo, venían denunciando la infantilización de las mujeres, la patologización de su sufrimiento, la usurpación de su autonomía respecto de su propia salud y la voluntad de control del cuerpo femenino que eran endémicas en la medicina tardovictoriana.

Con las firmas de Sonia Reverter y María José Monteagudo, precede a ese capítulo de temática psicoanalítica una somera revisión del legado de las mujeres que en la tradición filosófica occidental abordaron cuestiones que hoy entenderíamos como psicológicas, desde Diotima de Mantinea (s.V a.C) hasta María Zambrano (1904-1991), acompañada de una reflexión acerca de las fuerzas que sostuvieron la exclusión de tantas otras, así como del trabajo requerido para desarticular las líneas de fuerza de esa *episteme patriarcal*. Antes, en las páginas iniciales del volumen, sus coordinadoras, de la mano de Ana Elisa Ostrovsky, Dau García-Dauder y Alexandra Rutherford, fundadora del imprescindible archivo digital *Psychology's Feminist Voices*, han fijado las coordenadas historiográficas –epistemológicas, metodológicas, pero también, crucialmente, políticas– que signan el proyecto. Tras todo ello se suceden los estudios dedicados a los inicios de la psicología experimental en Alemania, Estados Unidos y Japón –firmados, respectivamente, por María José Monteagudo y Macarena Tortosa, la propia Monteagudo, y, junto con ella, María Montagut, Miki Takasuna y Maurici Chisvert–, y –de nuevo con la autoría de María José Monteagudo– al papel de las mujeres en los orígenes de la psicología evolutiva y de la educación, uno de esos *ámbitos de reforma* que, pese a (o por) su depauperado estatus simbólico, operaron como refugio para ellas al tiempo que, en muchos casos, como espacio teórico y profesional desde el que alzar discursos y prácticas contrahegemónicas. Finalmente, los dos últimos capítulos, de extensión pareja a los cinco primeros, siguen la estela de las primeras psicólogas españolas y de las primeras psicólogas latinoamericanas. Acá, la contribución de Carmen García-Colmenares, con un ejemplar análisis de los espacios de sociabilidad femenina en las décadas de 1920 y 1930, se suma a la de María del Carmen Agulló, centrada en el decisivo papel de las maestras normalistas, y a la de Mariam López, Maurici Chisvert, Esperanza Bosch y Sara Cuenca, junto con María José Monteagudo, que nos conduce hasta los oscuros años de la Guerra Civil. Allá, la mirada se detiene sobre las raíces de la disciplina en Colombia, Chile, Argentina y Brasil. La institucionalización de la psicología en tierras colombianas y el papel en ese proceso de la figura de Mercedes Rodrigo (1891-1982) es el foco de la investigación de Aura Nidia Herrera, Laura Tatiana Roncancio y Bruno Jaraba, que hilan sus conclusiones al trabajo de Trouillot antes citado. La propia María José Monteagudo, junto con Oriana Arellano, Gonzalo Salas, María Inés Winkler, Benjamín Silva y Carolina Figueroa, nos acercan al legado de las mujeres que marcaron los orígenes de la psicología en Chile, con especial atención a Amanda Labarca (1886-1975) y Matilde Huici (1890-1965). La riquísima nomenclatura de las primeras psicólogas y psicoanalistas argentinas es cuidadosamente desgranada por Catriel Fierro, Ana Elisa Ostrovsky y María Andrea

Piñeda., A un texto introductorio que firman Ana María Jacó-Vilela, Flávia Moreira, Lidiane de Oliveira, María Clàudia Novaes, Filipe Degani-Carneiro y Víctor Portavales, se suman en el caso de Brasil un estudio específico sobre la figura de Helena Antipoff (1892-1974), obra de Regina Helena de Freitas, y un hermoso y arriesgado ejercicio de ficción historiográfica alrededor de la autora de *Pontos de Psicologia*, un manual publicado anónimamente en Sao Paulo a mediados de la década de 1920 en torno al que Hugo Leonardo Rocha y Arthur Arruda Leal problematizan la relación entre escritura histórica y ficción.

Es hora ya de que no solo los libros de historia de la psicología, sino los manuales especializados en uno u otro campo reflejen las aportaciones al conocimiento psicológico de mujeres como Clara Stern (1877-1945), Rosa Katz (1885-1976), Ana Berliner (1888-1977), Charlotte Bühler (1893-1974), Wera Mahler (1899-1991), Maria Rickers-Ovsiankina (1898-1993), Bluma Zeigarnik (1901-1988) o Tamara Dembo (1902-1933), en el ámbito de la cultura alemana, o como Christine Ladd-Franklin (1847-1930), Mary Whiton Calkins (1863-1930), Beatrice Edgell (1871-1948), Helen Thompson Woolley (1874-1947), Lillian Moller Gilbreth (1878-1972), Maud Amanda Merrill (1888-1978), Marie Cover Jones (1896-1987), Thelma Gwinn Thourstone (1897-1993), Rosalie Rayner (1898-1935), Mary Ainsworth (1913-1999) o Mamie Philipps Clark (1917-1983), en la psicología en lengua inglesa. Lo mismo puede decirse de Tsuruko Haraguchi (1886-1915), Sugi Mibai (1891-1969), Tomi Kora (1896-1993) o Tsuyako Kubo (1893-1969), o, en el contexto español, de María Luisa Navarro (1885-1948), Matilde Huici, Mercedes Rodrigo, Margarita Comas (1892-1973), Regina Lago (1897-1966), María Soriano (1900-1996), Carmen Gyarre (1900-1996), Julia Coromines (1910-2011), Carolina Zamora (1911-1998), Dolors Canals (1913-2010), Eugenia Romano (1917-1987), Fernanda Monasterio (1920-2006) o Jesusa Pertejo (1920-2007). Tras cada uno de esos nombres, al igual que tras los de Alicia Moureau (1885-1986), Clotilde Guillén (1880-1951), Raquel Camaña (1883-1915), Ives Lys Danna (1929-2012), Eva Borkowska (1921-1920),

Hermelina Fogliatto (1925-2003), Claribel Morales (1932-2013), Amanda Labarca, Helene Antipoff (1892-1974), Lucilia Tavares (1902-1992), Maria Brasilia Leme (1909-1996), Annita de Castilho (1911-1991), Alice Madeleine Galland de Mira (1916-2010), y tantísimos otros, hay, además de contribuciones de innegable relevancia a nuestra comprensión de nuestra propia naturaleza, trayectorias biográficas e intelectuales que bien pueden servir de inspiración a las estudiantes y los psicólogos que hoy día sientan la necesidad de una genealogía en la que enraizar su propia identidad -y, desde luego, a los estudiantes y los psicólogos que no quieran resignarse a una demediada y opresiva, de la que estén expulsadas la labor de las mujeres y sus puntos de vistas propios.

Nombres, ideas, perspectivas: si algo se echa en falta en esta edición de *Psicólogas pioneras* es precisamente, un índice onomástico y uno analítico que facilitaran la localización en el texto del material relevante. En el debe, por lo demás, apuntar únicamente el casi imperceptible tic de distinguir entre las pioneras que impulsaron la psicología en América Latina a las exiliadas españolas de las "autóctonas", denominación lexicográficamente impecable pero de ineludibles connotaciones coloniales que solo cabe señalar, con ánimo tan constructivo como reflexivo, en la conciencia crítica de la propia vulnerabilidad a semejantes esquemas heredados.

Psicólogas pioneras constituye, en suma, un esfuerzo historiográfico de primer orden y un contrapeso indispensable para cualquier aproximación al devenir histórico de la psicología como disciplina. Quienquiera que estudiara en su día, ya sea hace una vida ya ayer mismo, una de tantas narraciones canónicas en las que se suceden los apellidos de prohombres, colmados de elogios por haber sabido anticiparse a nuestras propias tesis en lo que de otro modo no serían sino tiempos de ignorancia, encontrará en estas páginas infinidad de bocanadas de aire fresco, un tesoro de referencias a las que regresar y en las que ahondar, y, sobre todo, un acto imprescindible de reparación epistémica. Porque, como el texto nos recuerda diligentemente, "ellas estuvieron allí".